

# Respira, vive, entrega

por Jorge G. Aranguren

Con frecuencia he pensado que la poesía de Gabriel Celaya viene a ser como una gran respiración, tal un potente aliento sostenido que ha brotado de un organismo que vive y se acompaña con los ritmos de la Naturaleza. Celaya me recuerda esas grandes criaturas que surcan con incansable determinación mares de densas aguas, bordeando continentes con una lenta y pausada firmeza, conscientes de su peso, fieles a su derrota y a su destino. Gabriel es como un gran cetáceo que conoce bien lo profundo, las querencias de la corriente, la flora que crece en la oscuridad, las zonas de calor o de frío que ha ido atravesando en su ascenso hacia la luz, la actitud de las criaturas que encontró en su peregrinaje.

Para respirar así, para alentar así, hay que tener un corazón muy grande, un generoso músculo cordial. Este rumoroso corazón de Celaya, este percuciente corazón marino, late y se delata en cada uno de sus libros, en la totalidad de sus poemas. Gracias a él podemos sentir en estos —incluso en el verso más diminuto— el impulso de ese aliento solidario que le apoya y le da una resonancia genuina, inconfundible.



Se habla mucho, y con acierto, de las vertientes pánica y órfica en la obra del poeta. El propio Celaya hace hincapié en esta dimensión, como si lo social, lo político, lo corporativo e incluso lo existencial —tomando dicho término en su raíz sartriana— tuviesen ahora una menor importancia. Hay que tomarlo así.

En el mes de mayo del ochenta y cinco, Celaya dice en Madrid: *"Siempre he tratado de conseguir una sola cosa: alcanzar un estado de conciencia que me permitiera romper la conciencia cerrada del yo individual y conseguir otra..."* Celaya dice esto y ya ha dejado atrás el sinsabor que le produce la miopía de una Crítica que sólo lo ha querido ver en un determinado gesto, en una mueca fija que venía al pelo para clasificarlo y etiquetarlo sin el arduo problema de leer una obra copiosa, multiforme, viva y a veces arriesgadísima; una obra que exige una lectura atenta y nunca superficial. El poeta supo dejar atrás, en efecto, el malestar de verse disperso, editado con incuria y distribuido a la buena de Dios. Hay en las palabras del poeta una pizca de tristeza, que no resentimiento: *"Los críticos son —inevitablemente— un poco simplificados."* Y en el adverbio, en ese "inevitablemente", se adivina el pudor del vasco que no quiere quejarse, pero que deja las cosas en sus sitio. Pasa como sobre ascuas sobre esta mínimas miserias, el poeta. Porque le interesa sobre todo dejar lo más claro posible su actitud ante el fenómeno poético, evidenciar lo que otros no han podido o querido ver: *"Conseguir otra conciencia más allá de la que comunmente nos gobierna."* La propuesta es tan nítida como difícil de realizar. Supone, en principio, el reconocimiento de que somos prisioneros, como hombres, de una conciencia infusa, encarcelada en los límites del yo. Romper esa conciencia única no solo pudiera parecer un intento imposible, sino relativa transgresión de una ley natural. ¿Cómo puede pasarse esa barrera sin dejarse en ella los huesos y la piel, sin perder una de nuestras cualidades más preciadas: la singularidad?

Celaya pone el listón tan alto que no podemos menos de sentir vértigo. ¿Hasta dónde quiere ir este hombre, este vasco de risa fácil y caudalosa...

Gabriel sabe que posee elementos para dar ese salto, esa pirueta, para poder integrarse en ese otro estado que presente, que está dentro de las cosas, en su zona más íntima y escondida. Con la Poesía de lazarrillo, intentará esa apertura de conciencia que le va a trasladar a una entidad superior, infinitamente dilatada; ilimitada. La Naturaleza se lo está susurrando, se lo dice en voz baja; ella es el puente para dar el gran salto. ¿Un salto o será sólo un paso? ¿Dolerá mucho? La Naturaleza se viene insinuando desde hace tiempo. Una mañana lo descubre él, y casi con temor el mensaje se convierte en poema. Y el poema dice:

*- Respiro despacito, muy despacio,  
pensando con delicia lo que hago,  
sintiéndome vivaz en cada fibra,  
en la célula explosiva,  
en el extremo del más leve cabello.  
¡Buenos días! ¡Buenos días!  
Lo inmediato se exalta. Yo no soy y  
/ existo,  
y el mundo entero existe.*

El poeta se siente gozosamente disuelto en esa otra consciencia universal que le abraza y le arrasa. El mundo externo lo ha engullido y él se ha dejado tragar. Ya no es un hombre que escribe, que ordena sus ideas, que planea sus actos, que se palpa y se reconoce. Ha entregado todo su espíritu a esas cosas tan leves: una hoja, una fibra, el filo de un cabello, un copo de aire. El poeta de la gran respiración, del ardoroso hálito, el gran pez que despide un chorro de vapor en las soledades del mar, se ha despedazado como por ensalmo, se ha transmutado en presencias aparentemente fugaces, en unas porciones de naturaleza que se nos antojan lábiles o fungibles, pero que tienen en sí mismas todo el dinamismo, toda la fe, toda la impiedad y la fortaleza de la vida. Y ya tenemos la certidumbre de que el milagro se repetirá, de que es posible acogerse a esa cósmica totalidad que está compuesta por los tres reinos adivinados: el humano, el natural y el cósmico. Repitiendo sus palabras: "YO NO SOY EL QUE SOY, SINO SOY EL QUE SOY MAS ALLA DE MI CONCIENCIA DE QUE SOY; EN LO VASTO DEL COSMOS NO SOY QUIEN."

Pero resulta que Celaya es un poeta multiforme, bastante difícil de agarrar en su variedad, refractario a las definiciones esenciales. Como el agua, como la tersura de esa última ola desfallecida con que jugó en la Concha hace un montón de

años (o quizás hace un rato), se nos escapa porque lo suyo es fluencia. Celaya, que es capaz de dotar a sus alejandrinos del tono épico de un RICT-SOS, a sus breves mosaicos líricos de la precisión y minuciosidad de un MONTALE, a sus retratos domésticos de la ternura y la espontaneidad de los bersolaris, es un ser entregado a la apacible furia de vivir, un hombre consumido por un manso fuego: capricho acaso de un ángel más o menos coleste. Un fuego que nos recuerda la bondad.

Si existiese la reencarnación (y los panteístas creímos siempre en ella) yo querría para Gabriel una isla protegida del viento, con una parte de montaña y otra de bosque que le pudieran mantener tibio el recuerdo de Euskalerría. A esa isla la llamaríamos Creta; y él podría pasearse por palacios y patios abiertos a la luz, charlar con los príncipes-marineiros, jugar a dar el brinco sobre toros que las doncellas adornaron con cintas, visitar los alfares donde se graban animales marinos en vasijas muy frágiles. Podrá escribir poemas sobre tablas de barro, a lo mejor en Lineal-B. Su ciudad se llamaría Hagia-Triada, por ejemplo. Lo importante es que él fuera feliz.



librería

LAGUN

literatura

ciencias sociales

filosofía

Pz CONSTITUCION, 3

DONOSTIA